

---

## REFLEXIONES

LAICOS

Y

POBRES

Jorge Alvarez Calderón



El surgimiento de comunidades cristianas de diversa índole, sobre todo en los sectores populares, ha sido uno de los rasgos fuertes del actuar pastoral, y una forma de promoción y formación del laicado, aunque la problemática específica del laicado no haya sido materia de reflexión significativa en los últimos años.

Sin embargo, la terminología usada no ha sido tanto la del término técnico "laico" -que marca la diferencia intra-ecclesial con respecto de clérigos y religiosos- sino la más genérica de "cristianos". En efecto, la experiencia más generalizada y relevante es indudablemente aquella por la cual los fieles se han descubierto masivamente como parte activa de la Iglesia. La novedad, percibida como experiencia gozosa, es aquella tantas veces escuchada durante esta época post-conciliar: "Antes nosotros creíamos que la Iglesia sólo eran los sacerdotes y religiosas; ¡ahora nos damos cuenta de que también nosotros somos Iglesia!". El hecho, además, que esta frase empezara a surgir de labios de gente pobre, es decir, de los hasta ahora

---

Tomado de: **Páginas**, Nº 76, abril 1986.

marginados de la sociedad -y de la Iglesia- constituye un hecho de primera importancia cuyo significado desearíamos trabajar en este artículo.

El propósito que nos damos es doble: por un lado, indicar la evolución de la problemática alrededor del laicado para comprender el paso adelante dado por el Concilio; por otro, mostrar la importancia teológica de la presencia de los laicos pobres en la Iglesia, es decir, ahondar en el significado de la experiencia tenida en estas dos últimas décadas, con el fin de ayudar a valorar e intensificar una práctica pastoral.

## **I. EVOLUCION DE UNA PROBLEMATICA: HACIA VATICANO II (I)**

### **a) La época preconciliar**

Los trabajos teológicos alrededor de la misión propia de los laicos son de fecha relativamente reciente. Son parte del gran esfuerzo por pensar la Iglesia y su misión en la época moderna. Con los cambios sociales y culturales que tuvieron lugar en los últimos siglos, la jerarquía y los religiosos -que jugaron un papel hegemónico en la época de cristiandad-, se encontraron en gran medida confinados a la sacristía y a los conventos, muy limitados para hacerse significativamente presentes como evangelizadores en la sociedad secular y descristianizada. En cambio el laico empezó a ser valorado como nunca antes lo había sido, como aquél que estaba en el "mundo" y por lo tanto, como aquel que podía desarrollar una acción evangelizadora en su ambiente propio.

Así por ejemplo, en las primeras décadas de este siglo, la pastoral en el mundo obrero europeo logró acuñar la famosa frase: "En la clase obrera, el mejor evangelizador de los obreros es el propio obrero". Eso sería extendido más tarde como misión para los laicos de otros sectores sociales: fue lo que se llamó el apostolado en el propio ambiente, pero esta constatación, como estaba enmarcada dentro de una visión eclesiológica muy fuertemente centrada en la jerarquía, se comprendió como "participación" (Pío XI) o "colaboración" (Pío XII) con el apostolado jerárquico. Esa tarea reconocida sí, pero como prolongación o suplencia de la jerarquía.

Varios teólogos, pero muy especialmente Congar y Philips, ahondaron el punto. Elaboraron una eclesiología más amplia que permitió al laico encontrar un espacio propio. En una Iglesia fuertemente clerical, éste fue comprendido como el "no clérigo" y, dada su ubicación peculiar en la sociedad, su terreno de acción propio era "lo profano". Por ser bautizado, participaba de Cristo Sacerdote, Rey y Profeta y de ahí le venía su identidad fundamental. De ahí también -y no de la jerarquía- su llamado a la misión evangelizadora. El laico fue así abriéndose espacio dentro de la Iglesia.

Lo más valioso de este trabajo fue asumido en los textos conciliares y aparece especialmente en aquellos documentos en los que se habla específicamente sobre el laicado, por ejemplo el capítulo IV de Lumen Gentium o el decreto "Apostolicam Actuositatem" destinado al apostolado laical. En los capítulos sobre los laicos en Medellín y Puebla está presente también, básicamente, esta posición.

#### **b) La novedad aportada por el Concilio**

El debate crucial, en lo que a eclesiología se refiere, fue aquel que logró romper con más fuerza una visión vertical de la Iglesia a través de la noción de "Pueblo de Dios", de honda raigambre bíblica y que marca con claridad la común dignidad de los hijos de Dios así como la común participación de la misión de Cristo.

En la Constitución sobre la Iglesia, Lumen Gentium, Vaticano II da un gran paso adelante, cuando habla primero del Pueblo de Dios como conjunto y sólo después de la Jerarquía, laicos y religiosos. El capítulo II de la L. G. fue motivo de un debate muy serio, ya que el esquema preparado anteriormente no lo incluía, lo que los padres conciliares cuestionaron.

Este capítulo II permitió comprender mejor a la Iglesia como un pueblo convocado por el Señor, consagrado por el bautismo y destinado a continuar la misión evangelizadora de Jesús en la historia.

Vocación y misión corresponden al conjunto de la comunidad eclesial, en la que todos los miembros tienen igual dignidad y responsabilidad. Los laicos encuentran su lugar e identidad verdaderos: son cristianos en plenitud, no cristianos limitados

o de segunda categoría. Los carismas y ministerios en cambio, se especificarán en función y para el conjunto eclesial. Se supera así la perspectiva preconiliar, renovadora en su tiempo, de concebir el apostolado seglar como mera participación en el apostolado jerárquico.

Estas afirmaciones tendrán importantes y positivas repercusiones en los años posteriores al Concilio. Como bien dicen los "Lineamientos" en preparación al próximo Sínodo: "La inserción en el único Cuerpo de Jesucristo constituye el fundamento que hace posible y exige responsablemente de todos y cada uno de los bautizados tomar parte en la misión salvífica de la Iglesia en la historia... En particular el deber y el derecho de los laicos al apostolado deriva de su misma unión con Cristo cabeza. Insertos por el bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecido por la confirmación en la fortaleza del espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado" (2).

El Vaticano II da otro paso importante al comprender a la Iglesia como signo -y no como centro- de salvación. Ello permitió superar la fácil separación entre lo sagrado y lo profano en la medida en que hizo ver que, en última instancia, la historia bajo el señorío de Cristo es lugar de acogida o rechazo de la salvación. Y si bien no se niegan, sino más bien se comprenden mejor los niveles de autonomía entre la sociedad civil y la Iglesia, también se afirma, con igual fuerza, que nada es ajeno a la vocación salvífica de Dios, quien desea la plenitud de todo y de todos en Cristo. De ahí la tarea de la Iglesia de discernir los "signos de los tiempos" y ponerse al servicio de la historia y la humanidad desde su especificidad propia. De ahí la necesidad de estar presente en la sociedad y en las culturas como fermento en la masa. Esa misión compete tanto a laicos, como a religiosos y jerarquía. Porque todos deben estar presentes en el mundo por vocación común y actuar en el.

Los laicos, es verdad, en el actual estado de las cosas serán aquellos cristianos que permitirán desarrollar mejor el carácter de inserción y arraigo de la Iglesia en los pueblos y culturas.

A partir de esta visión más rica, se puede comprender a cabalidad el siguiente texto del Decreto Ad Gentes sobre la actividad misionera: "La Iglesia no está verdaderamente formada, ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo

entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo del pueblo sin la presencia activa de los seglares. Por tanto, desde la fundación de la Iglesia hay que atender sobre todo a la constitución de un laicado maduro" (AG. 21). Las expresiones son claras: sin el laicado no hay "representación perfecta de Cristo" ni se logra "penetrar profundamente" en la vida social. Es decir, los laicos son aquellos que hoy día, prioritariamente, dan a la Iglesia su dimensión de encarnación y la hacen plenamente "sacerdotal" en el sentido de ser signo y manifestación del Señor que desde su bondad se hace cercano y salva (3). El ministerio jerárquico no se puede comprender y ubicar sino en este marco eclesiológico más amplio.

Con este enfoque queda más claro que la peculiaridad viene más por el lado de la jerarquía. Porque si en la posición anterior el laico se comprendía más como el "no clérigo", hoy en día se visualiza más bien a la inversa: que la jerarquía, en tanto que es una función para el conjunto, debe comprenderse como lo "no laico" (4).

Este nuevo enfoque eclesiológico es el que más ha ayudado al avance de la Iglesia en estos años y al surgimiento de las comunidades cristianas. Los laicos han ido creciendo y afirmándose no tanto por diferenciación con respecto a clérigos y religiosos -problemática anterior- sino por la nueva conciencia que van tomando de su ser eclesial, a la vez volcados hacia afuera y plenamente responsables de la calidad interna de la comunidad (5).

América Latina aportará a todo este proceso el tema de la injusticia y de la opción por lo pobres que, como lo veremos luego, permitirá comprender a la Iglesia, en su vocación misma, como Iglesia de los pobres.

## **II. PUEBLO DE DIOS, PUEBLO DE POBRES, SIGNO DE SALVACION**

### **a) Laicos-pobres, un hecho pastoral y social**

En nuestras tierras latinoamericanas la renovación conciliar llegó en un momento propicio. El pueblo de pobres, sedientos

de liberación y en proceso difícil pero real de afirmación se encuentra con la renovación conciliar. Esta le va llegando lentamente: los grupos misioneros se esfuerzan por vivir más cerca la cruda realidad del pobre; a través de ellos la Iglesia va apareciendo más cercana y servidora.

Poco a poco van surgiendo grupos, comunidades: los pobres van sintiendo que ellos son también Iglesia. Ellos van haciendo suya la Palabra de Dios, la celebración, la comunidad.

En este proceso, el Dios lejano aparece para ellos como Dios cercano y la Iglesia deviene la comunidad donde los pobres empiezan a decir su voz, a expresar desde su fe sus problemas y sus anhelos. Hay un proceso de apropiación incipiente. Nuestras comunidades van descubriendo que **"somos Iglesia"** Es una autocomprensión como miembros activos que tienen un lugar y una tarea: ese "somos Iglesia" las dinamiza. Surgen también las primeras tomas de posición, inicio de lo que pronto se verá como exigencia evangélica permanente y céntrica: la opción preferencial por los pobres.

Es de allí, y no de la reflexión sobre el laicado, que surge lo más rico de la experiencia eclesial en América Latina. No sólo eso, sino que este acercamiento de la Iglesia al mundo de los pobres, y más aún, la entrada activa de los pobres en la Iglesia, aportará elementos nuevos a todo lo referente al tema del laico (6).

Esta experiencia es un hecho pastoral, pero es también un hecho social, porque se da en un momento en que se va produciendo en el pueblo latinoamericano un proceso de toma de conciencia y participación. Este proceso colectivo y conflictivo de avance en identidad, es una realidad incipiente, pero presente y desafiante al conjunto de la sociedad, y también a la Iglesia.

De esta manera, ese pueblo de pobres al que la pastoral acerca a la Biblia, a la liturgia, va volviéndose conscientemente pueblo de Dios, signo de salvación para los sectores populares y para el conjunto de la sociedad.

No sin conflicto, ni desniveles, se va dando así una apropiación real de la Iglesia por parte de los pobres.

El número de laicos pobres que en este momento no solamente se consideran bautizados sino miembros activos de la Iglesia, y participan en la tarea evangelizadora, es realmente impresionante, y muchas cosas no se hubieran hecho sin ellos. Su participación no sólo los enriquece a ellos mismos, sino también a la vida y reflexión de toda la Iglesia.

### **b) Significado teológico del laico pobre**

En este proceso, hecho pastoral y hecho social, la **opción por los pobres** es un núcleo central. Y es a partir de esa opción por la liberación integral de las clases populares, que acogemos el don del Señor. Esta opción preferencial no trabaja únicamente la relación fe-vida, sino mucho más profundamente la dimensión fe-opción de vida.

Como núcleo central de nuestra identidad cristiana, esa opción redefine nuestro ser creyente, nuestras ubicaciones, nuestros compromisos, nuestras tareas. Desde esta opción nace una espiritualidad, se descubre lo que es ser discípulo del Señor y testigo del Resucitado desde el proceso colectivo del pueblo.

En efecto, el hecho de la entrada de laicos-pobres en la Iglesia no tiene sólo un significado sociológico; tiene un significado teológico y soteriológico.

Teológico, porque permite a la Iglesia, según profunda frase de un obrero de nuestras comunidades: "Volver a su lugar de origen". En efecto, el lugar teológico de la revelación de Dios amor es el mundo de los pobres, el lugar de la encarnación y vida del Hijo de Dios es el mundo de los pobres, la Iglesia primitiva fue Iglesia de pobres. En el servicio a los pobres, según Mateo 25, se acoge al Reino, se entra en comunión con el Señor. Dios se hace cercano a la historia y manifiesta la radicalidad de su amor por su preferencia para con los despreciados y desposeídos. La Iglesia está llamada a manifestar universalmente a ese Dios. Y eso lo hará de manera más plena si ella misma está ubicada como Cristo en el mundo de los pobres. Los laicos pobres permiten que la Iglesia esté en mejores condiciones teológicas para revelar y anunciar al Padre. Ellos ubican a la Iglesia en su lugar. Le dan la dimensión verdaderamente evangélica y concreta de encarna-

ción. No sólo en "el mundo", expresión genérica, sino en el mundo de los pobres, especificidad crucial para comprender la universalidad del llamado a la salvación: es desde los pobres que el Señor llama a la comunión.

La presencia activa de los laicos-pobres en la Iglesia tiene, en relación con lo anterior, también por lo tanto un significado soteriológico en la medida en que permiten significar mejor la salvación. Esta consiste precisamente en el acercamiento gratuito, del Padre misericordioso por medio de su Hijo. El es el que toma la iniciativa de borrar las fronteras que por el pecado nos han separado de su amor. Y lo hará entrando en el mundo de los desposeídos para restablecer desde ahí la auténtica comunión con El; restableciendo también la auténtica comunión fraterna a partir de aquellos a quienes se les negó la plena participación en el banquete fraterno y filial del Reino. Los laicos-pobres permiten que la Iglesia esté en mejores condiciones de ser signo de salvación.

Signo de salvación, es decir, como Cristo-Sacerdote, pueblo sacerdotal. Porque el sacerdocio de Cristo, como bien lo pone de relieve Sobrino, no se ejerce en el terreno de lo cúltilo sino en el de su encarnación pascual a través de la cual, el Padre restablece con la humanidad la comunión salvadora. Una Iglesia de pobres es comunidad más idónea para ser cuerpo de Cristo Sacerdote (7).

Las comunidades cristianas populares que profundizan su vocación y sus opciones, por compromiso de sus miembros en la vida de su pueblo, realizan en forma muy propia la vocación mesiánica del Servidor de Yahvé, aquella que llevó a Jesús a la Cruz y a la Resurrección. Esos cristianos no tienen mucho que dar a sus hermanos en términos materiales; son pobres como ellos. Pero dan su amor, su solidaridad, su entrega, la tenacidad de su compromiso, la calidad de su vida. Cargan junto con su pueblo el sufrimiento injusto, son junto con su pueblo "varón de dolores", llevan solidariamente sobre sus hombros el pecado que el mundo hace recaer sobre las clases populares. Pero en su obediencia al Padre y en su seguimiento radical al Nazareno, en su servicio a la causa del Reino y su justicia se están constituyendo, y ayudan a que toda la Iglesia se constituya, en foco de esperanza para el mundo y en lugar de juicio y salvación para la humanidad. Como dice Isaías

refiriéndose al Servidor: "El llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes" (Is 53,12).

El pueblo de los pobres, desde muchos puntos de vista, y muy particularmente por la presencia misteriosa de Cristo en él, es en cierta medida Servidor de Yahvé para la humanidad. Y muchos dirigentes populares llevan sobre sus hombros el dolor de su pueblo con gran entrega y compromiso transformador. Las comunidades cristianas, formadas por laicos-pobres, explicitan desde su vida evangélica el sentido salvífico del sufrimiento y de la lucha del pueblo en defensa y promoción de su vida y dignidad. Luchan junto con sus hermanos para hacer un mundo fraterno. Ellos son cuestionamientos a estructuras y actitudes injustas e inhumanas, ellas son llamado urgente de humanidad. Son, por su ser, por su compromiso y muchas veces por la terrible experiencia martirial, profecía salvadora. Dan a la Iglesia la consistencia histórica concreta para ser pueblo mesiánico y profético, en la perspectiva del Servidor de Yahvé. Por esa veta podemos explicar el gran interés que se está despertando en el mundo hacia la Iglesia de los pobres. Porque desde su ser mismo, como el Servidor, como Jesús, es profecía y es presencia del Reino. Y así es portadora de grandes esperanzas para toda la humanidad y de grandes cuestionamientos también para las multiformes fuerzas de muerte que en ella actúan.

### **c) El potencial evangelizador al interior de la Iglesia**

Una profundización del Evangelio y lo expuesto hasta ahora permiten ver el aporte importante que está significando esta entrada masiva de los pobres dentro de la Iglesia: la enriquecen en su dimensión de encarnación -"la llevan a su lugar de origen"- y le permiten mejores condiciones para ser en la historia pueblo sacerdotal, pueblo mesiánico, pueblo profético, Cuerpo de Cristo, Signo de Salvación.

Pero además son fuerza vitalizantes al interior mismo de la comunidad. Y aquí desearíamos señalar dos aspectos entre muchos otros que parecen de especial relevancia: su fuerza de conversión y su aporte importante para el servicio del magisterio.

Es indudable el llamado a la conversión que la sola existencia

de la pobreza, y de comunidades cristianas populares está significando para los demás sectores de la Iglesia. Muchos grupos religiosos han encontrado nueva vida y el sentido de sus respectivos carismas en contacto directo con los pobres y con cristianos de estos sectores. El clero se ha visto llevado a estilos de vida y de relación más evangélicos, va encontrando formas más fraternas y dialogantes en el ejercicio de su ministerio. Y muchos cristianos de otros sectores sociales, en contacto con el pueblo han tenido, como Zaqueo, la alegría de un encuentro de nuevo tipo con Jesús en el camino de los pobres. Porque éstos son, por su sola presencia pero también por los muchos signos que dan de espiritualidad encarnada, llamado a la conversión, exigencia de opción radical, profundamente evangélica.

Es indudable también que en los últimos años el episcopado ha producido en nuestros países un abundante y novedoso cuerpo doctrinal, pero, como lo dice Sobrino, "lo más novedoso es que al elaborarlo se ha remitido a los pobres, al pueblo de Dios, no sólo ya como a su destinatario ni sólo como ocasión para su agenda doctrinal, sino como a aquellos cuya realidad y cuya fe tiene que ser puesta en palabra doctrinal" (8). Y esto se hace por necesidad intrínseca de la fe que marca una relación íntima entre Dios y los pobres. Hay algo en los pobres de este mundo que es cristianamente necesario para conocer a Dios y su voluntad. Y desde la fe de los pobres, vivida y practicada en sus sufrimientos y luchas por la liberación de sus hermanos, desde su esperanza y oración, se conoce mejor a Dios. De ahí la fuerza y eficacia de la palabra oficial de muchos textos episcopales, porque brotan de la comunión íntima con los pobres de sus Iglesias, de cuya vida y fe reciben las interpelaciones del Señor para ejercer adecuadamente su difícil ministerio.

El esbozo que acabamos de hacer permite percibir el papel que está teniendo el laico-pobre en la renovación de nuestra Iglesia. Puebla lo insinuaba ya cuando habló del potencial evangelizador de los pobres. En realidad, son sobre todo ellos los que están permitiendo a la Iglesia ser y aparecer como Iglesia de Jesucristo, signo eficaz de salvación en este nuestro mundo, tan desgarrado por una parte pero tan anhelante de auténtica vida y fraternidad, tan ansioso de Dios.

### III. RASGOS DEL LAICADO POBRE, DESAFIOS Y TAREAS

Los dos rasgos fundamentales son, ciertamente, la conciencia de que "somos Iglesia" y la opción por los pobres. Pero además quisiera señalar otros tres que considero que tienen un profundo significado.

#### a) Libertad

Un rasgo que tiene valor eclesiológico y profundamente evangélico es el de la libertad. Los laicos tienen posibilidades inmensas de diferentes inserciones en el mundo, de diversas ubicaciones en el proceso social, de variados testimonios de vida.

Esta libertad del laico es una riqueza de su experiencia cristiana. Pero no debe ser considerada sólo desde lo que significa para el laico mismo, sino que hay que situarla en referencia al pueblo y a la Iglesia.

La libertad y movilidad del laico está, en primer lugar, fundamentalmente al servicio del pueblo al cual se quiere evangelizar. Esta misión implica una legitimidad ante el pueblo y en este sentido hay una gran responsabilidad del laico. Se es miembro del pueblo de Dios para ser buena nueva en medio del pueblo, y sin eso no hay legitimidad, ni identidad propia, ni real anclaje de la Iglesia en el mundo del pobre.

En segundo lugar, la libertad del laico es lo que le da carne y vida a la Iglesia, permitiéndole responder a las exigencias del momento y enriqueciendo su vida desde su enraizamiento en el pueblo.

Si tomamos como referencia la Iglesia, la libertad del laico aparece ligada en gran parte a su carácter no oficial, a que sus palabras y compromisos no representan oficialmente a la institución eclesial. Sin embargo, es necesario que esta no oficialidad sea asumida en sentido positivo, como un aporte para el conjunto de la Iglesia, ya que es lo que le permite estar inserta significativamente en el mundo.

En este sentido se puede decir que la "oficialidad" eclesial debe reconocer la importancia de lo no oficial. Esto plantea

desafíos y tareas, puesto que todavía la Iglesia es fuertemente clerical en la medida en que la voz del laico no es aún suficientemente tomada en cuenta y su posibilidad de participación "ad intra" queda aún muy limitada, mientras que la creciente conciencia de su ser Iglesia lleva a los laicos a buscar formas de diálogos y participación más significativos. Ellos no son sólo aquellos que llevan "el mundo" a la Iglesia, es decir, la problemática de "afuera" ya sea política, cultural, obrera o campesina. Ellos se descubren también como parte de la Iglesia y necesitan -tienen derecho- a decir su palabra para contribuir en la calidad de la vida intraeclesial, aportando a ella su espiritualidad y su reflexión teológica, y también ayudando fraternalmente a los religiosos y al clero en su búsqueda de fidelidad y servicio.

#### **b) Vida comunitaria**

Otro rasgo del laicado popular es una práctica y un anhelo de vida comunitaria que marcan su vocación y su identidad.

Estos laicos no se sitúan en una perspectiva individualista, sino que buscan un espacio donde el conjunto de su vida pueda ser acompañado y cuestionado, comunitariamente desde la palabra de Dios. Esta experiencia comunitaria también enriquece el proceso social desde los valores del Reino, siendo a la vez un espacio de forja de la identidad laical cristiana.

En efecto, la dimensión comunitaria va dando una nueva imagen de la Iglesia, como conjunto de hombres y mujeres que viven un nuevo tipo de fraternidad desde la fe, que es germen y anuncio del Reino.

Aquí cabe preguntarse hasta qué punto las formas clericales del pasado marcan aún la convocación de los laicos en Iglesia impidiendo que se despliegue toda su potencialidad. Muchas veces la parroquia convoca a los laicos sólo para el cumplimiento de tareas pastorales, en estrecha dependencia del clero, y sin dar el espacio suficiente para responder a la gran necesidad de comunidad de vida y de reflexión sentida por los laicos. En otros casos, las comunidades no acompañan suficientemente a aquellos cristianos que, por su fe, entran en compromisos más complejos en la sociedad, dejándolos solos, sin un lugar donde profundizar sus opciones, celebrar y orar.

### **c) Diversidad: riqueza y desafío**

El tercer rasgo del laicado pobre que se va reuniendo en Iglesia es la gran variedad de formas orgánicas que asume. No hay un modelo único de comunidad cristiana, sino una amplia diversidad de acuerdo a momentos y realidades: parroquias, movimientos, comité de DD.HH., comités de salud, grupos de jóvenes, grupos de mujeres, grupos de prensa, coordinaciones de agentes pastorales a diferentes niveles. Todas ellas van surgiendo desde la experiencia y la necesidad de concreción y eficacia de la vocación del cristiano. A la vez son maneras cómo el laicado pobre va construyendo su espacio propio, expresando su vida, dejando oír su voz en la Iglesia y enriqueciendo las mismas estructuras eclesiales.

Esta organicidad del laicado, en su rica diversidad, tiene dos características que son también dos retos: la vocación a la universalidad y la dimensión de continuidad. En cuanto a la primera, los laicos sufren cuando llegan a una cierta madurez, de quedarse encerrados en su experiencia local; necesitan conocer otras experiencias, a nivel regional y nacional; necesitan descubrir más a fondo la Iglesia para hacerla suya y para su pueblo. Eso supone un esfuerzo específico, ya que es notorio que los sectores populares están limitados por su misma situación económica para ampliar relaciones y salir de su marco pequeño de vida. También plantea revisar estructuras que permitan a los laicos profundizar su fe, plantearse tareas evangelizadoras propias a su situación y realizarlas con la autonomía que les corresponde.

La segunda característica es que una comunidad cristiana laica organizada, viva y sólida, da una dimensión de continuidad a la construcción de la Iglesia, a pesar de eventuales cambios de sacerdotes, religiosos o a nivel jerárquico. Los laicos son finalmente los que aseguran las raíces de encarnación de una Iglesia local, los que llevan sobre sí los problemas de su pueblo, los que están llamados en forma continua al testimonio evangelizador en su medio. Su vida y acción es aporte indispensable para el ministerio de los pastores y para el despliegue de los carismas de los religiosos. Con una organización laica adecuada, pueden asegurar las exigencias de comunión con los pastores y una auténtica participación eclesial.

Para concluir, la Iglesia todavía tiene que convertirse al laico ahondando su inserción en el pueblo pobre, y dándole más lugar en ella misma. De hecho Puebla nos habla varias veces de la necesidad de conversión de toda la Iglesia (cf. "Opción preferencial por el pobre").

Pero no basta el espacio. Es preciso valorar el contenido teológico de su presencia. Y esto es un punto sumamente importante para trabajar dentro de las comunidades cristianas populares: es asunto de espiritualidad, porque en la medida que los pobres descubren como Buena Nueva que son preferidos del Señor, ellos deben desplegar para la Iglesia y para el mundo la riqueza de su ser, donde Dios se manifiesta de manera preferencial. El hecho marcante de estos años, y que hay que seguir desarrollando en la práctica pastoral, es la convocación de los pobres a ser pueblo de Dios, que da significado evangélico a la Iglesia en su tarea de anunciar la palabra de Dios a todo ser humano. Es fuente de espiritualidad y misión para los fieles así convocados, que muestran a su Señor a través de su vida, su compromiso, su oración y muchas veces con su entrega total por amor.

---

NOTAS:

- (1) Hay una bibliografía muy amplia sobre el particular. Señalo trabajos sugestivos como: G. Alberigo, **El pueblo de Dios en la experiencia de la fe**, Concilium, n. 196, nov. 1984, pág. 353 y ss. También se puede consultar: **La Iglesia del Vaticano II**, obra en colaboración dirigida por G. Barauna, Barcelona, 1966. En cuanto a los inicios del apostolado seglar en el Perú: César Arróspide de la Flor, **Movimiento Católico Seglar en los Años Veinte**, Revista de la P.U.C., nueva serie n.5, agosto 1979, Lima.
- (2) "Lineamenta", n.17.

- (3) Jon Sobrino, **Hacia una determinación de la realidad sacerdotal. El servicio, el acontecimiento salvífico de Dios a los hombres.** Revista Latinoamericana de Teología, San Salvador, n.1, enero-abril, 1984, p.47-82.
- (4) Ya esta precisión había sido hecha por K. Rahner, años antes del Concilio. Cfr. K. Rahner, **L'apostolat des laics en "Nouvelle Revue Théologique"**, 1956, 3-33.
- (5) Desde este enfoque se va enriqueciendo también la comprensión del ministerio jerárquico. Pero queda mucho camino por transitar aún, dado el enorme peso de una tradición secular. De ahí la importancia de tocar el tema del laicado porque obliga a repensar y ubicar con mayor fundamento bíblico y de tradición las diversas funciones y carismas en la Iglesia.
- (6) El Card. Eduardo Pironio, presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, ha escrito una bella invitación a trabajar la experiencia en nuestros países: ¿Qué se espera de América en el Sínodo? en **"Hacia el Sínodo 1986, perspectivas para el laicado latinoamericano"**, Dep. de Laicos del CELAM, 1985. Cfr. también: **Conclusiones del seminario regional bolivariano de laicos** (Policopiado, 1985).
- (7) Jon Sobrino, art. cit.
- (8) Jon Sobrino, **La "autoridad doctrinal" del pueblo de Dios en América Latina**, Diakonia N° 40, octubre-diciembre 1986.

